

## **VI SEMINARIO FERNANDO BUESA: EL PASADO COMO ACTUALIDAD. HISTORIA Y MEMORIA COLECTIVAS**

**SAN SEBASTIÁN-DONOSTIA, 16, 17 Y 18 DE JULIO DE 2007**

INTERVENCIÓN DEL Sr. D. JOSEBA ARREGI

### **EL IMAGINARIO NACIONALISTA**

#### **1.- Nota previa**

Existe en nuestra sociedad una gran facilidad para dar por supuesto que existe un imaginario nacionalista, y que dicho imaginario posee consecuencias nefastas para la convivencia en la sociedad plural que es Euskadi. Además se supone, también con mucha facilidad, que el término imaginario implica pura y simple invención de la historia, mitificación de la historia, a lo que se debe oponer un conocimiento crítico y científico de la misma.

Si partiera de dichas evidencias sin ponerlas en duda lo más mínimo ni someterlas a un examen crítico podría ser objeto, y con razón, de la acusación de caer en un planteamiento igualmente fácil de la cuestión.

No es, sin embargo, mi intención partir simplemente de las evidencias citadas, suponerlas sin más, y pasar a describirlas en su insostenibilidad para poder criticarlas con facilidad. Al contrario: trataré de aprovechar la ocasión de analizar, eso sí críticamente, el imaginario nacionalista para entender el momento actual y reflexionar sobre el futuro de la sociedad vasca, una sociedad incomprensible sin el imaginario nacionalista. O los imaginarios nacionalistas, pues de ello también se debe hablar en plural, como espero mostrar a lo largo de esta ponencia.

#### **2.- El carácter representado de todo conocimiento**

Para poder hablar con propiedad del imaginario nacionalista, es preciso, en primer lugar, detenerse en

el significado del término imaginario. El término imaginario nos refiere inmediatamente a algo imaginado. Y si algo es imaginado, entendemos que está alejado de la realidad. Lo imaginado se contrapone a lo real. Lo imaginado es producto de la fantasía, creación de la subjetividad sin atadura alguna de lo que es real, de lo que realmente haya sucedido. Quien vive en un imaginario vive en un mundo imaginado, de espaldas a la realidad. Y por ello dificulta la convivencia con quienes no participan de ese mundo imaginario, con quienes se aferran a la realidad.

Es cierto que el término imaginario se encuentra en las ciencias sociales muy vinculada a los nacionalismos: su rendimiento social más importante radica precisamente en su capacidad de ofrecer a grupos humanos completos un mundo propio en el que vivir, sentir y entenderse a sí mismos como grupos, con su historia fundante de la que emanan las características que distinguen al grupo de otros grupos, y que son fuente de identidad personal por vinculación a la identidad grupal constituida por esa historia y por esas características que de ella emanan.

No menos cierto es que el término imaginario ha dejado de estar vinculado exclusivamente a los nacionalismos para pasar a describir los elementos que constituyen las autocomprensiones que de sí mismos se hacen distintos grupos sociales.

Pero más allá de estas funciones clásicas del término imaginario en las ciencias sociales, es obligado pararse a reflexionar sobre el hecho de que el acceso humano a la realidad no es un acceso directo, sino en buena medida *imaginado, representado*. Entre el hombre y la realidad se encuentra el lenguaje, al mismo tiempo puente hacia y velo ante la realidad -Walter Benjamin: detrás de cada palabra hay siempre otra palabra-. Todo acceso del hombre a la realidad es simbólico: el hombre se representa la realidad en el lenguaje. El término representación puede significar reproducir con fidelidad lo que se ve, lo que se toca, lo que se siente, lo que se vive. Pero también significa figuración, teatro, máscara, personaje, ficción.

La cultura moderna nos ha acostumbrado a establecer una distinción que parece poder superar los problemas de la ambigüedad que acompaña al hecho de poseer la realidad sólo en la representación: mientras que en todo lo que afecta al mundo de la historia, de la sociedad y del propio ser humano la

ambigüedad ejerce sus plenos poderes, en el campo de la realidad natural la representación es mera reproducción de lo dado, sin ambigüedad alguna. En lugar de analizar la ambigüedad en toda representación, la cultura moderna la reparte: no ambigüedad para la razón matemática experimental, desfiguración plena para la razón ideográfica, para la razón que actúa en las ciencias sociales.

E. Lévinas subraya, sin embargo, que todo conocimiento es ambiguo porque es memoria, recuerdo, indicando para ello que el término mismo de representación significa eso: re-presentar, volver a hacer presente, la función básica de la memoria. También la razón que actúa en las ciencias naturales representa la realidad natural, la recuerda, la vuelve a hacer presente en sus propios símbolos matemáticos.

En cualquier caso, sirva esta pequeña digresión filosófica para devolver cierta dignidad al término imaginario y no caer en la crítica fácil de devaluar totalmente aquello a lo que añadimos el calificativo de imaginado. En el fondo todo conocimiento humano está vinculado a lo imaginado, a lo representado, al mundo simbólico. Debemos avanzar más para poder proceder a un análisis crítico del imaginario nacionalista.

Hannah Arendt, en su libro *La crisis de la república*, afirma que la mentira y lo nuevo en la historia poseen la misma raíz: la contingencia. Porque la historia no es necesaria, pues pudo suceder de otra forma, porque la historia no está predeterminada, porque existe la libertad humana, no es necesario nada de lo que ha sucedido. Y porque no es necesario nada de lo que ha sucedido, es posible que surja algo distinto, nuevo, algo que no esté contenido ya en la historia pasada.

Pero de la misma forma se puede mentir sobre lo que ha sucedido: puesto que no es necesario, puedo librarme de ello mintiendo. La mentira es una señal más de la libertad humana frente a la historia.

Esta intuición de Arendt, vinculando la novación histórica y la mentira a la contingencia, permite situar la cuestión del imaginario en sus justos términos: no confrontando una historia científica a una historia imaginada, mentida, sino avanzando en el análisis de lo que Alain Badiou llama la diferencia entre la verdad de la realidad del suceso histórico y el simulacro de verdad. Cuando la imaginación de la historia se transforma en simulacro de verdad es cuando, como hecho social que es, causa problemas de

convivencia. No se trata de una simple mentira. Se trata de un simulacro de verdad, de un simulacro de realidad que debe ser desenmascarado, tanto en su verdad como en su mentira.

Recurriendo al ya demasiado olvidado Marx, la crítica ideológica nunca es denuncia de la mentira de lo que se combate como ideología, sino esfuerzo por descubrir el núcleo de verdad que está desfigurado en la formulación ideológica. Es necesario, pues, ver cuáles son las verdades, las razones que existen en el imaginario nacionalista y ver al mismo tiempo lo que las transforma en simulacro de la verdad con sus consecuencias sociales de, al menos, dificultar la convivencia.

### **3.- Las raíces del imaginario nacionalista. La formación de la identidad vasca en el siglo XIX.**

Todavía hoy, quizá habría que decir que de nuevo hoy, se vuelve a hablar de estas cuestiones dando a entender que el nacionalismo es obra de un hombre, Sabino Arana, sin conexión alguna con toda la historia anterior de la sociedad vasca. Algo así como afirmar que si no hubiera habido Sabino Arana, no habría habido nacionalismo vasco.

Entre la afirmación determinista de la historia que nos haría decir que el nacionalismo hubiera surgido en cualquier caso obedeciendo a una necesidad de la historia vasca, y la afirmación contraria de que lo que sucede en la historia siempre es algo absolutamente nuevo e incondicionado, se puede afirmar que Sabino Arana no formula su nacionalismo de la nada, que existen planteamientos que hacen comprensible el nacimiento del nacionalismo vasco a finales del siglo XIX. Aunque al mismo tiempo es preciso afirmar que el hecho de que fuera Sabino Arana quien formuló originariamente el nacionalismo vasco no es algo sin consecuencias para el mismo nacionalismo: éste podía haber sido distinto caso de haber sido formulado por otra persona, con otros presupuestos.

Formulado de una forma demasiado esquemática, el siglo XIX vasco es un siglo lleno de tensiones internas en lo que afecta a la forma de entenderse los vascos a sí mismos. Las guerras civiles que marcan ese siglo en el País Vasco son señal y testimonio de las tensiones presentes en la sociedad vasca a la hora de entenderse a sí misma, a la hora de definirse a sí misma. No viene mal añadir que esa sociedad vasca venía del fracaso de los Ilustrados vascos por reformar las instituciones forales, como bien lo analiza Jesús Astigaraga en su magnífico estudio (Los Ilustrados vascos, Ideas, instituciones y reformas económicas en España, 2003). Pero la presión externa que obliga a repensar la propia autocomprensión es creciente, la evolución del marco en el que se habían movido las instituciones forales es cada vez más fuerte, el proceso de cambio de la sociedad englobante española, aunque con cierto desfase a lo que se ha dado en considerar normal en Europa, afirmación que habría que matizar mucho, se hace sentir cada vez más en la propia sociedad vasca.

A lo largo de este siglo se va desarrollando la identidad foral en las provincias vascas en la línea de transformar los fueros en derechos de las provincias vascongadas. Y a lo largo del mismo siglo se va desarrollando la idea de que dichos derechos no están contrapuestos a la unidad, entendida cada vez más en términos constitucionales, de la monarquía española. El sentido de doble lealtad, de conciencia de una identidad foral diferenciada compatible con una españolidad incontestable es quizá la característica principal de la identidad vasca a lo largo de este siglo.

La historiadora Koro Rubio apunta a los siguientes elementos como los principales configuradores de la identidad vasca tal y como ésta se va perfilando a lo largo del siglo XIX:

- popularización de la idea foral, en línea con nuevas lecturas de la foralidad vascongada. Desde una primera defensa de los fueros que venían a ser interpretados en la corte de Fernando VII como privilegios otorgados, *fue necesario entonces demostrar su utilidad para la Corona. Para ello se cifró la clave argumental de la defensa del fuero en su unión inextricable con la monarquía tradicional, presentándolo como quintaesencia del orden jerárquico que la sustentaba* (101), se avanza, teniendo en cuenta la necesidad de superar la

limitación de la preocupación foral a las élites de las provincias vascongadas, hacia la vinculación de los fueros con la paz, y en conexión con los ideales de la Constitución gaditana de 1812, con la libertad, presentando los fueros como garantes de la paz y como expresión de una libertad primigenia en conexión perfecta con los ideales liberales de Cádiz

- un clima de exaltación fuerista a partir de 1876 y la memoria de la foralidad perdida. De nuevo Koro Rubio: cita a Benigno Moraza en un discurso de 13 de Julio de 1876 en el que afirma que *Los vascongados aman con idolatría sus fueros, para los vascongados sus fueros son la vida, el aire, su modo de ser, su presente, el motivo de todo su orgullo, el motivo de todo su interés en la tierra* (116), siempre, como escribe el diario fuerista de Madrid **La Paz**, entendiendo que *el fundamento propio de éstos -se entiende de los fueros- consiste en el derecho propio originario que tiene el país vascongado a regirse por sus leyes, limitadas por sus vínculos de unión a la patria común* (114). La verdadera popularización, sin embargo, se alcanza en la forma de memoria de lo que se ha perdido. Escribe de nuevo Koro Rubio: *El proyecto de Cánovas...no era por consiguiente propiamente una ley de abolición foral -aunque en el País Vasco se interpretó como una abolición foral en toda regla-, pues los fueros no se derogaban en ella de forma explícita; es más, se hacía referencia a su mantenimiento al autorizar al Gobierno a reformarlos “si lo juzgaba oportuno”*. *Quedaban por tanto abolidas en julio de 1876 las exenciones de impuestos y quintas, desapareciendo así las instituciones emblemáticas de la foralidad, es decir, se las vació de contenido, pero permanecieron en pie las juntas y diputaciones forales, que sobrevivieron un año más. Ahora bien, la aprobación de esta ley generó un sentimiento de frustración en el País Vasco y abrió un clima de exaltación fuerista sin precedentes que acentuó la unanimidad en torno a los fueros de todas las fuerzas políticas* (116-7).
- la fe católica. *La fe católica, simbolizada en la cruz vasca, el lauburu, fue uno de los ingredientes más importantes, junto con los fueros, de la identidad vasca decimonónica. Se*

*trajeron en la idea de una religiosidad católica esencialista...una religiosidad que definía su cosmovisión, que impregnaba todos los aspectos de su vida cotidiana, incluso la vida pública, siendo la fuerte conexión entre vida civil y vida religiosa una característica especialmente subrayada, y que se transmitía de padres a hijos como legado sagrado e irrenunciable. Vasco y católico eran así una misma cosa, anverso y reverso de una misma moneda. (123-4) Su monoteísmo, limpio y sin mezcla alguna de paganismo, se perdía en la noche de los tiempos y su conversión al cristianismo había sido inmediato a la primera predicación del mensaje de Cristo...y se debía a la Providencia divina el que se hubieran conservado incólumes las antiguas **libertades vascongadas**. (124).*

- la singularidad histórica. De nuevo Koro Rubio: *La singularidad histórica del País Vasco respecto al resto de los territorios de la monarquía, la común trayectoria histórica de las tres Provincias Vascongadas fueron afirmadas en la literatura política del siglo XIX sobre la base de los siguientes pilares: vascoiberismo, vascocantabrismo, secular independencia, integración pactada en la Corona de Castilla, mantenimiento de la autonomía/soberanía originaria y lealtad a la Corona marcadamente notoria. (132)*
- la lengua éuskara. Escribe Koro Rubio: *De todos los ingredientes de la identidad vasca decimonónica es éste, el de la lengua éuskara, el más débilmente formulado. Pero está presente, aunque sea como componente **menor** -valga la expresión- que cobrará importancia creciente con el tiempo, sobre todo al finalizar el siglo. (145)*

Es evidente que cada uno de estos elementos necesitaría una explicitación mucho mayor para calibrar su verdadero significado. En cualquier caso, los materiales aportados por la profesora citada permiten mantener el aserto formulado más arriba de que la identidad colectiva vasca formada en el XIX se articula, además de en un catolicismo esencialista, en lo que se denomina doble patriotismo o doble lealtad, y que los términos de significación política que aparecen tanto en la literatura política como en la literatura propiamente dicha, deben ser entendidos en este contexto de doble patriotismo, y no en el

que acostumbramos hoy.

Por otro lado, sería del mayor interés poner en relación y en paralelismo los elementos integrantes de la identidad colectiva vasca del XIX con los elementos que sirvieron para el mismo propósito en el caso del conjunto de España, como se puede ver en *Mater Dolorosa* de José Álvarez Junco, incluida la relación entre el imaginario nacional del liberalismo y la asunción de la idea, al inicio revolucionaria, de nación por los segmentos conservadores, lo que permite la definitiva socialización del imaginario nacional español. Pero el tiempo y el espacio no me permiten entrar en más detalles.

#### **4.- Elementos constitutivos del imaginario nacionalista inicial.**

No es preciso detallar la construcción de una historia mítica por parte de Sabino Arana por medio de las cuatro famosas batallas y su función de apuntalar una forma determinada de entender el contenido y el significado de los fueros, de cuya comprensión desaparece el aspecto de pacto y de obligación que acompañaban necesaria y estructuralmente al significado de derecho.

Para entender lo específico del imaginario nacionalista inicial en su capacidad de captar los niveles profundos de los sentimientos de, primero, algunos vascos, y de muchos más después, es de mayor importancia lo que da a entender claramente el siguiente texto de Sabino Arana: *No es posible, siendo patriota, vivir en este pueblo degenerado y corrompido...!oh raza miserable que renuncia a constituir tu antigua Patria y no das cabida en tu pecho a ningún sentimiento levantado!!Ya sólo bulle en tu corazón una sed insaciable de riquezas! !Ya no hay más Dios para tí ni más Patria que el dinero!*

*!Ellos -los antepasados- fueron libres y felices! Pero hoy, esclava nuestra patria, no es tan grande esta desgracia de la esclavitud, como el ver que los mismos hijos de esta infeliz esclava sobrellevan de buen grado la deshonra y humillación de su Madre e indolentemente soportan las pesadas cadenas, más aún, se congratulan y besan la mano del opresor.*

*!Oh Dios mío! Veo que una terrible maldición tuya pesa sobre nuestro pueblo, mercantilista y metalizado como del judío...*

*Mas Tú, Señor... !bendito seas!* (Baserritarra, 11 de julio de 1897, citado según José Luis de la Granja,

El Siglo de Euskadi, El nacionalismo Vasco en la España del Siglo XX, 175).

Euskadi es la madre sufriente, avasallada, ultrajada, vencida y abandonada por sus propios hijos. No es un planteamiento político, en el sentido moderno: es un planteamiento que apela directamente a los sentimientos filiales ante la postración de la madre. Procede a una transferencia directa del amor filial hacia la madre al amor que necesita Euskadi. Los antepasados fueron libre y felices, mientras los coetáneos de Sabino son, si no felices, ricos, pero sin conciencia de la opresión.

En este texto aparece con claridad que la opresión no es sólo la opresión política de España, sino la opresión de la modernización industrial. Llega a afirmar que todo ello se debe a una maldición divina, de la que, sin embargo, no se puede responsabilizar al mismo Dios.

En el drama histórico-legendario *Libe Arana* vincula la desgracia de la heroína a su boda con un extranjero. Escribe José Luis de la Granja: *Además, Libe es un fiel reflejo del fuerte componente tradicionalista e historicista del aranismo, según muestran su concepción romántica de nación (creación de Dios desde la eternidad: Bizkaya es libre desde que Dios la creó), su visión providencialista (Bizkaya sirve a su Dios, y Dios la protege) y su interpretación de la historia de la Vizcaya medieval, la cual vive bajo Dios y la Ley Vieja, esto es, el lema que sintetiza la doctrina sabiniana, sin que le importe en absoluto incurrir en flagrantes anacronismos históricos al trasplantar sus creencias religiosas y políticas a aquella época tan lejana y distinta de la suya.* (177)

Es evidente que en elementos fundamentales Sabino Arana permanece en la tradición del imaginario vasco del XIX, foralismo y catolicismo. Pero en un elemento rompe radicalmente con la tradición: en lugar de la doble lealtad, del doble patriotismo que caracterizan a la identidad vasca tradicional, Arana apuesta por la lealtad exclusiva debida a la nueva Madre, a Euskadi, aunque el fundamento y la razón para ello sea lo que el guipuzcoano Barroeta Aldamar dice que es probablemente un mito, pero que ha llegado a constituir tradición: una buena definición de imaginario (Koro Rubio, 138).

Además de este cambio, en Arana se produce una radicalización de lo que en el XIX era referencia a la gran antigüedad, a ser católicos desde siempre y sin mancha, a la libertad originaria convirtiéndola en pureza obsesiva: la historia es una historia de decadencia, de creciente impureza y humillación, frente a

Lo que se construye una situación inicial idílica de paz, libertad y felicidad. La impureza es la opresión política, pero la impureza, tanto o más que lo político, es la civilización industrial, la modernidad, la evolución social, el cambio de costumbres, la irreligiosidad, el castellano. (Rousseau)

Por eso son importantes los cantos sabinianos:

*Ene aberri laztana*                      Mi querida patria  
*Jauzi zara erbestepian,*            has caído bajo los extranjeros  
*zelan ondiño il etzara!*            !cómo no has muerto todavía!  
*Zeure basotik atzo igoten zan* De tus bosques subía ayer  
*eskari ona zerura.*                Buena plegaria al cielo.  
*Gaur erdeldunak sartuta*        Hoy con la entrada de los castellanos  
*aixia emen biraoz bete da.*    El aire se ha llenado de blasfemias  
*Obea eriotza da!*                !es mejor la muerte!

Estos cantos agónicos, en los que se combina la idea de la pureza primigenia, vinculada a la religión y el ensuciamiento ambiental causado por la llegada de extraños castellanos blasfemos, aprendidos de memoria, fueron creando y consolidando en muchos vascos un imaginario de gran potencia. El maketo tiene el poder del marcaje del extraño para prevenir cualquier contaminación. Lo propio es puro y religioso, rural, idílico, originario, patriarcal, comunitario.

Lo que hoy es, oficialmente, el himno de Euskadi, pero sin letra, pues sigue siendo el himno del PNV, dice así en su letra:

*Gora ta gora Euskadi*  
*aintza ta aintza bere goiko Jaun onari!*  
*Areitz bat Bizkayan da*  
*zar, sendo, zindo, bera ta bere lagia lakua.*  
*Areitz gañean dogu*

*gurutza deuna*

*beti geure goiburu.*

*Abestu gora Euskadi,*

*aintza ta aintza bere goiko Jaun onari.*

Arriba y arriba Euskadi,

honor y gloria a su buen Dios.

Hay un roble en Bizkaya,

antiguo, firme, leal, como él y su ley vieja.

Sobre el roble tenemos

la santa cruz, siempre nuestra meta.

Cantemos arriba! Euskadi,

honor y gloria a su buen Dios.

Porque Sabino diría de sí mismo: yo para Euskadi y Euskadi para Dios.

Teocracia, idilización de la historia, ruralización, demonización de España (liberal) y de la industrialización (modernización), profunda religiosidad, obsesión por la pureza, política como sentimiento de amor filial a la madre, mitificación de la historia al servicio de todos esos elementos: fue la mezcla que articuló Sabino Arana y que se extendió primero por Bizkaia, y luego por Gipuzkoa. Más tarde, más lentamente y con menos profundidad social en Álava, y menos aún en Navarra.

Creo necesario añadir cuatro elementos a este inicial imaginario nacionalista:

- el nacionalismo de Sabino Arana sale de la huerta de Abando y se socializa en Bilbao de la mano de la incorporación de Ramón de la Sota. Esa incorporación conlleva, sin embargo, la exigencia de un programa político, lo cual va en contra de la lógica del imaginario. El programa se articula en torno a la reclamación de la restauración de la situación anterior a la abolición foral. Claro que la interpretación sabiniana de esa situación foral era la de

soberanía originaria de las provincias vascongadas. Pero la referenciación histórica coloca al imaginario nacionalista en la tensión de la realidad histórica y de su conocimiento

- el mismo Sabino Arana, en situación depresiva por la persecución gubernativa, escribe el artículo *Grave y trascendental*, en el que da su llamado giro españolista, pero que quizá fuera mejor considerar como un intento, quizá no del todo consciente, de asumir las exigencias de una concepción moderna y democrática de la política. En dicho artículo propone que su partido apueste por un programa de federalización de España, buscando la autonomía para Euskadi, mientras que él se reserva la pureza de la fe nacionalista en su fuero interno: un intento de cumplir con la exigencia de separar la fe y el sentimiento, cuestiones privadas, de lo planteable y exigible en el espacio público, base de la modernidad política
- la extensión del nacionalismo en Gipuzkoa, sin embargo, se produce por la vía del sentimiento: el amigo de Sabino, proveniente del integrismo, Engracio de Aranzadi, se denomina a sí mismo *apóstol* del nacionalismo, y recoge sus escritos bajo el título *Ereintza*, siembra. En uno de los trabajos recogidos en esta obra Aranzadi defiende que la pulsión última del nacionalismo no es la estatalidad, sino lo que fuera necesario para garantizar la preservación de la identidad vasca: el nacionalismo más allá de la política, en el reino de algo, en el fondo, inalcanzable porque indefinible
- la juventud vasca se va convirtiendo al nacionalismo por una liturgia cantada en la que se mezclan la afirmación de la juventud, el amor materno a la patria, la pureza de las cumbres de montaña: el movimiento que tanta importancia tuvo de los *mendigoizales*, los amantes de las cumbres de montaña, símbolos de la pureza, escuela o noviciado nacionalista inestimable
- pero en casi todos los elementos citados, la referencia histórica por exigencia de un programa político, el giro españolista, la consideración de la estatalidad como algo secundario, se hallan enraizados los elementos que acompañarán la historia del nacionalismo desde el

inicio: la división y la escisión, elemento que pasa a formar parte desde el inicio del imaginario nacionalista. Más tarde me referiré a la explicación estructural de este elemento de división

##### **5.- Guk gerra galdu, baiño pakia irabazi.**

Dando un salto, y colocándonos en los tiempos inmediatamente posteriores a la guerra civil, nos encontramos con el que, a mi entender, es un elemento básico del imaginario nacionalista, el elemento que ha dotado de un valor de superioridad moral a prueba de todas las contingencias al imaginario nacionalista.

La figura del *gudari* que lucha contra el alzamiento franquista está rodeado de caracteres mítico-heroicos. De su hacer en la guerra civil no se destaca tanto su valor como su honestidad, su pureza, su capacidad de no cometer atropellos en una situación en la que los demás, los enemigos fascistas y los compañeros comunistas y anarquistas, eran dados a la comisión de toda clase de tropelías. No así el *gudari*: sólo defiende el suelo patrio, sólo defiende la madre patria, su tierra, su pureza, su catolicidad, su integridad moral.

Pertenece a mis más profundos recuerdos de niñez la frase que encabeza este punto. Me lo recitaba frecuentemente un amigo de mi padre: Joxeba, *guk gerra galdu, baiño pakia irabazi*. Perdimos la guerra, pero ganamos la paz. En esta frase queda recogida la idea de la superioridad moral de los vascos nacionalistas. Los nacionalistas han salido impolutos de la contienda civil. Han salvado su conciencia. No importa perder la guerra: se salva el alma, el espíritu, la honradez, la dignidad. Además, todo ello queda exaltado por el sufrimiento del exilio, por la envergadura moral, casi de santidad, que van adquiriendo sus dirigentes en el exilio, especialmente José Antonio Aguirre.

Frente a ello está la inmoralidad de los vencedores, de los vascos alineados con Franco, de los delatores, de los que hicieron carrera de la mano de los vencedores. El buen vasco nacionalista, el noble, el moral, el puro, el que ha salvado el alma y la conciencia frente al mal vasco por español y franquista, al inmoral, delator, aprovechado, opresor, enemigo de la lengua y de la cultura vasca,

traidor a la madre Euskadi.

El vasco nacionalista posee un derecho innato a la buena conciencia, mientras que a los demás, a los españoles franquistas, se les niega ese derecho a la buena conciencia. Esta superioridad moral de los nacionalistas frente a la España de Franco es uno de los mitos fundadores del poder social del nacionalismo, el que garantizará que después de la transición la sociedad vasca concediera tanta confianza al nacionalismo.

## **6.- ETA y los imaginarios de la sociedad vasca.**

A pesar de haber ganado la paz perdiendo la guerra, la dictadura de Franco se prolongaba, las sociedades europeas iban cambiando de forma acelerada, nuevas generaciones de vascos iban apareciendo, generaciones para las que el recuerdo de la guerra civil era cada vez más lejano, generaciones para las que comenzaban a plantearse nuevos retos ideológicos.

Desde el interior de la tradición nacionalista del PNV surge un grupo de estudiantes que comienzan a tomar distancia respecto a la tradición de sus padres. Surge ETA, y con ETA el imaginario nacionalista se verá sometido a nuevas tensiones, a nuevas formulaciones, a nuevas pluralizaciones.

Con la aparición de ETA, la publicación del libro *Vasconia* escrita por Federrico Krutwig bajo el seudónimo Sarrail de Ihartza ejerce un enorme impacto en la construcción del nuevo imaginario nacionalista, y se producen importantes desplazamientos en el imaginario nacionalista.

Con ETA aparece con fuerza la contraposición de la nueva generación, de la juventud ante el anquilosamiento de la generación de los padres, que hablan y se quejan, pero no actúan. Una juventud que busca la regeneración del nacionalismo. Una juventud que siente en carne viva la opresión de todo lo que pueda simbolizar lo diferencial vasco por parte de la dictadura franquista.

Se trata de una generación que conecta con la mítica heroica de los gudarís de la guerra civil, con la superioridad moral del nacionalismo, pero le quiere dar nueva vida a través de una nueva y renovada lucha contra la dictadura franquista y a favor de la revitalización de los elementos que simbolizan ese diferencial. La religión y la raza quedan totalmente desplazados en el nuevo imaginario. La religión es

sustituida, poco a poco, por el marxismo y el socialismo. La raza por la lengua. La opresión franquista no es sólo una opresión político-cultural, sino que también es una opresión social, capitalista. El elemento principal que simboliza la diferencia vasca es el euskera. La lengua es la base de la diferencia étnica. Además se comienza a ver a Euskadi en términos de opresión económica, en términos de colonialismo: es el capitalismo franquista derivado en dictadura el culpable de la opresión de todo lo que signifique vasco.

Escribe Ander Gurrutxaga (Transformación del nacionalismo vasco, Del PNV a ETA, 1996): *en 1962 se publica el libro Vasconia (F. Krutwig, 1963). En este texto se formula la fundamentación del espacio diferencial vasco. En dicho texto se aprecia la influencia de la obra de Sabino Arana, los teóricos alemanes del volkgeist y las corrientes etnistas que surgen en Francia por esas fechas, particularmente Fontan (1961), Héraud (1963, Marc (1963).*

*Para Krutwig existe una etnia cuando ésta reúne un conjunto de factores que se concretan en: 1) Lengua, 2) Mentalidad y cultura, 3) Religión, 4) Composición racial, 5) Factores económicos, sociales y materiales.*

*Sin duda el factor más importante es la lengua. De hecho afirma Krutwig que hay que plantear el problema vasco sobre la base étnico-económica que reclama el nuevo mundo. ETA sigue el planteamiento de Vasconia: si el euskera vive, Euskadi vivirá...*

*Sentadas las base de la diferencialidad vasca, ETA se pronuncia respecto al método político. El atractivo que siente por los movimientos de liberación nacional (cubano, argelino, tunecino) les lleva a crear una mística de la oposición y una confianza ilimitada en sus objetivos...en la adopción de la lucha armada como método político parecen ser el franquismo, la sistemática negación de los símbolos y de los signos vascos y la mística de la resistencia quienes explican mejor la adopción de este método político (109-110).*

La ruptura con el catolicismo esencial del imaginario nacionalista tradicional, y el acercamiento al marxismo-socialismo, o la sustitución de aquél por éste, permite y obliga a ETA, en su desarrollo, a tomar conciencia clara de la existencia de distintos imaginarios en la sociedad vasca. Aunque se trata

de una intuición que no he encontrado confirmada en los autores consultados, creo que es posible interpretar la función que juega el marxismo en ETA y los esfuerzos llevados a cabo por no pocos intelectuales de su órbita para formular la fusión del nacionalismo con el marxismo como exponente de la conciencia de que era precisa la superación de la división de la sociedad vasca en dos imaginarios, el imaginario nacionalista-vasquista por un lado, y el imaginario socialista-españolista por otro. La fusión del nacionalismo y el marxismo en ETA era el camino para alcanzar una concepción total de la sociedad vasca, un imaginario único capaz de englobar la totalidad de la sociedad vasca. El carácter dictatorial del Estado español, junto con su carácter marcadamente capitalista al tiempo que opresor de todo lo vasco facilitaba esa concepción totalizante de la realidad vasca.

Un ejemplo de ello lo tenemos en la argumentación de Rikardo Arregi, el impulsor de la alfabetización en el seno de Euskaltzaindia a favor de la lengua vasca. Este autor argumenta a partir de las razones antropológicas según las cuales cada ser humano sólo se puede desarrollar en la concreción, concreción que le viene dada por su lengua y por su cultura. Negar éstas implica negarlo en su concreción.

Establecida esta premisa, el autor no se esconde, y se plantea lo que dicha premisa puede significar para aquellos que no poseen la lengua y la cultura vasca, especialmente quienes, debido a la industrialización, han venido a Euskadi de España. Y plantea claramente la necesidad de que el euskera sea imperialista respecto a aquellos que, según el principio antropológico asumido, necesitarían del castellano y de la cultura castellana para existir en su concreción humana. Pero no. Rikardo Arregi afirma que al ser el castellano y la cultura castellana los instrumentos de la dominación política y económica franquista, culpables precisamente de su concreción migrante, abría la puerta a concebir el euskera como instrumento de liberación también y precisamente para los que no la tenían como lengua y cultura propia (Joseba Arregi: Rikardo Arregi, Abertzaletasuna, Bilakaera aukerak, en Rikardo Arregi, gizona eta garaia, 1996, 259).

Como ha quedado indicado, y esta referencia a Rikardo Arregi refuerza, la lengua desplaza totalmente a la raza en el nuevo imaginario nacionalista. Uno de los fundadores de ETA, José Luis Álvarez Emparanza, Txillardegi, publica el año 1972 un estudio, bajo el seudónimo Larresoro, titulado

*Hizkuntza eta pentsaera*, en el que basándose en autores como Sapir y Whorf plantea una metafísica de la lengua, de forma que cada lengua implica una forma determinada de concebir la realidad del mundo, cada lengua posee una cosmovisión propia, una lógica determinada y diferenciada de construcción del mundo. Esta idea de la lengua, como metafísica propia y como necesitada y legitimada para ser imperialista respecto a la población no vasco parlante, es un elemento fundamental del nuevo imaginario nacionalista.

También el elemento vinculado a los gudaris, la honorabilidad de éstos en la contienda civil, la superioridad moral de haber ganado la paz perdiendo la guerra se transforma profundamente de la mano de ETA: la buena conciencia de los nacionalistas que lucharon contra el alzamiento franquista se transforma ahora en el deber de la resistencia armada contra la dictadura, la opresión franquista, contra la opresión capitalista, contra el colonialismo español. A la mística de los gudaris de la guerra civil se le sobrepone la mística de los resistentes de los distintos movimientos de liberación nacional activos en aquellos años, y que conformaron el imaginario de generaciones de jóvenes europeos y americanos, no sólo de los jóvenes de ETA. Pero en el caso de éstos, pasó a conformar un elemento estructural de su imaginario, sin el cual dejarían de entenderse a sí mismos.

Conviene subrayar que el imaginario nacionalista que se desarrolla de la mano de ETA contiene rupturas sustanciales respecto al imaginario nacionalista tradicional. Ya se ha citado la ruptura con el catolicismo esencial -en lugar de concebir a los vascos como católicos desde los tiempos del mismo Jesús, se pone en duda la romanización de Euskadi y se retrasa al máximo la cristianización de los vascos; se reniega de la influencia del cristianismo en la tradición vasca y se pretende recuperar una religiosidad específicamente vasca anterior al cristianismo-: no se puede rechazar la influencia de Oteiza y su *Quosque tandem* en la creación de este imaginario cultural de la diferencia vasca.

Pero además en el nuevo imaginario es preciso romper la tradicional vinculación de lo vasco con el catolicismo expresado en la frase ya citada de *euskaldun=fededun*, vasco igual a creyente. El ya citado Rikardo Arregi escribió el año 1969 un ensayo con el título *Euskalzaleen Jainkoa hil behar dugu*, Nos es preciso matar al dios de los euskalzales, de los vascófilos. Sin entrar en el análisis detallado de la

argumentación, una de las razones de la exigencia era la liberación del euskera y de la cultura vasca de las ataduras de la cultura rural sacralizada por la fe católica y que suponían un impedimento grave a la modernización, tanto del euskera como del conjunto de la cultura vasca.

Esta misma modernización de la lengua, bajo el eslogan de la unificación de la lengua, nos acerca a otro elemento, fundamental en mi opinión, del nuevo imaginario nacionalista: la ruptura con todo lo anterior, especialmente con la tradición nacionalista. Bien es cierto que personas pertenecientes a la tradición nacionalista como el profesor Koldo Michelena fueron impulsores decididos de la unificación del euskera, siendo esta unificación uno de los fines fundacionales de Euskaltzaindia desde el año 1919. Pero el mismo Michelena fue consciente de que muchos de los impulsores de la unificación iban más allá de lo requerido por la necesidad de un estándar escrito para el euskera y para hacerlo viable en una sociedad que la tuviera como instrumento de comunicación en todos los ámbitos.

La necesidad de estandarizar el euskera para permitir su uso en todos los ámbitos fue para no pocos creadores del nuevo imaginario una ocasión para romper con la tradición hablada, e incluso para romper con el corpus de vasco parlantes ya existentes. De la primacía de la alfabetización -capacitar a los ya hablantes- se pasó a la primacía de la euskaldunización -creación de nuevos hablantes en detrimento de los antiguos-. En las políticas del gobierno vasco se llegaron a primar los tecnolectos, es decir, los aspectos de la lengua que no dominan los antiguos hablantes y sí, por el contrario, los nuevos. Sucede lo mismo con las exigencias para impartir clases en la universidad.

Todo ello es indicativo de una voluntad clara de romper con la tradición, en nombre de una Euskadi euskaldun, pero no tradicional. De una Euskadi nueva, con una lengua nueva, con un corpus de vasco parlantes nuevos.

Y al servicio de esta nueva Euskadi, de esta nueva sociedad vasca estaba también la creación ex nihilo de un nuevo folklore para las ikastolas: no era cuestión de recobrar el folklore de siempre, de renovarlo, de continuar con la labor llevada a cabo por Azkue o por el padre Donosti. En su lugar estaban los nuevos cantautores, pero especialmente al inmensa producción de Imanol Urbietta de cuya mano surgió todo un folklore nuevo para la educación de las nuevas generaciones de vascos que debían tener un

nuevo imaginario, desde las canciones a la forma de aprender el lenguaje.

(Soy consciente de que son necesarios muchos matices, pero no me es posible llevarlos a cabo en el espacio de esta ponencia).

Como en el caso del primer imaginario nacionalista, también en este segundo los cantos jugaron un papel primordial. El grupo *Ez dok hamairu* y algunos de sus cantos fueron fundamentales en la fijación del nuevo imaginario: el *Hegoak moztu banizkio (Txoria)* de Mikel Laboa, el *Itxasoan urak haundi dire* de Julen Lekuona o el *Eta poeta, eta poeta, etxean gelditu da, leioak itxita* de Xabier Lete dan fe de la construcción y consolidación de este nuevo imaginario.

### **7.- La lucha entre los distintos imaginarios nacionalistas.**

A la tensión que ya hemos citado y analizado que se da en el interior del primer imaginario nacionalista -pendiente de mostrar su carácter estructural más tarde- se le añade la tensión y la competencia entre los distintos imaginarios nacionalistas que van apareciendo, especialmente entre el imaginario tradicional y el nuevo que se desarrolla de la mano de y en el entorno de ETA. Algunos acontecimientos recientes como el pacto de Estella/Lizarra han llevado a algunos a olvidar que el nuevo imaginario nacionalista se desarrolla contra el antiguo imaginario, con intención plena de sustituirlo.

Por esta razón no pueden obviarse las rupturas que plantea el nuevo imaginario, no pueden ser minimizadas las diferencias. Los posibles momentos de unidad de acción entre todos los nacionalistas son momentos tácticos para el nuevo imaginario. Pero no derogan en ningún momento su voluntad estructural de acaparar todo el espacio nacionalista.

El devenir de la historia ha hecho que la relación entre ambos imaginarios haya sido una relación asimétrica. El primer imaginario demostró mucha mayor capacidad de resistencia que lo que imaginaron muchos que contribuyeron a formular y a desarrollar el nuevo imaginario. El mito de la superioridad moral desarrollado a partir de haber perdido la guerra pero haber ganado la paz de conciencia se mostró con fuerza suficiente, con la ayuda de una tenacidad conservadora siempre

presente en la sociedad vasca, para permitir que la representación del imaginario nacionalista original fuera ocupando desde el principio las nuevas instituciones de poder en Euskadi.

La asimetría consiste, sin embargo, en que a pesar de esa ocupación del poder, permanecía latente una cierta superior legitimidad del imaginario revolucionario nacionalista, basado en su propia mítica heroica de resistencia al franquismo, frente a la pasividad del antiguo imaginario.

Para entender esta asimetría y tratar de comprender su significado y sus consecuencias conviene recordar que en los años de la transición se producen algunos acontecimientos que son importantes para la configuración del imaginario nacionalista. La figura de Telesforo Monzón adquiere importancia, una figura que de por sí misma parece poseer poder simbólico: proveniente de la representación del antiguo imaginario, en contacto con los representantes del nuevo imaginario, poeta y dramaturgo, representante en su ancianidad del regeneracionismo de las nuevas generaciones, ardiente defensor del euskera, y sobre todo con una intuición perfecta para conectar con la nueva mítica de la resistencia armada contra Franco.

En torno a esta figura, de por sí bastante mítica en su propia apariencia, y por medio de movilizaciones de marcado carácter litúrgico como fueron las últimas celebraciones del *Aberri eguna* en la clandestinidad y las primeras en la transición, como fueron la marcha con el lema *Euskera bai* y la *Marcha por la amnistía*, todo ello recogido en el canto *Itziarren semea, hori duk mutila*, convertido en himno de homenaje a los torturados por el franquismo, a los resistentes de la lucha armada contra Franco, las nuevas jóvenes generaciones de vascos se fueron socializando en un imaginario nacionalista que parecía poseer la capacidad de servir de puente de unión entre los dos imaginarios en competencia, o por lo menos sirvieron para permitir pensar a no pocos que era posible compatibilizar ambos imaginarios. Esta ilusión probablemente se produjo más entre los jóvenes que procedían del antiguo imaginario nacionalista que entre quienes vivían plenamente el nuevo.

Pero ese momento de socialización en un imaginario, con marcados componentes litúrgicos, dejó sembrada la semilla que una y otra vez ha ido apareciendo en la historia posterior de lucha asimétrica entre los dos imaginarios, una lucha en la que, por la ilusión misma sembrada en este momento, otra

vez fundacional, de un imaginario de unidad en la radicalidad sentimental, ha estado inclinada en el nivel de la legitimación a favor del nuevo imaginario.

Dos consecuencias de esta situación: en primer lugar, la semilla de la unidad en la radicalidad sentimental estaba sembrada y sólo era cuestión de tiempo y de oportunidad que volviera a aparecer. La paradoja radica en que la oportunidad mayor para que se pusiera de manifiesto vino de la mano de la necesidad de superar el problema que suponía otro elemento del nuevo imaginario: la lucha armada como resistencia debida al franquismo.

La segunda consecuencia es que, a pesar de que la ocupación del poder en todas las instituciones se produjera por parte del imaginario originario, éste, caso de que hubiera tendido tentación de hacerlo, nunca se atrevió a dar el paso de legitimar el poder institucional estatutario que estaba ocupando, por reservas propias a su imaginario, pero también por la presión de deslegitimación que contra las nuevas instituciones autonómicas provenía de los detentores del nuevo imaginario.

### **8.- El imaginario vasquista fracasado.**

No sería completo el recuento de los imaginarios nacionalistas si no dedicara una reflexión breve al intento de desarrollar un imaginario, si no estrictamente nacionalista, sí explícitamente vasquista, con voluntad de romper y superar los elementos reaccionarios y tradicionales del originario imaginario aranista, pero con voluntad también de superar algunos elementos obsoletos del nuevo imaginario en un escenario de legitimidad democrática, especialmente el del deber de resistencia armada, y también con voluntad de no dejarse atrapar en la fuerza sentimental litúrgica del imaginario que producía la ilusión de unidad, del imaginario monzoniano.

Euskadiko Ezkerra fue, sin duda alguna, un intento por encauzar lo positivo de los dos imaginarios nacionalistas en liza, el derecho a la diferencia, la defensa del euskera, el socialismo, pero sin las cargas de esencialidad con las que se revestían formando parte de imaginarios.

El anclaje en la sociedad de los dos imaginarios nacionalistas se mostró como demasiado fuerte para permitir el florecimiento y la supervivencia de este intento de desarrollar un imaginario vasquista.

Quizá porque en su naturaleza estaba desde el inicio la voluntad de superar los riesgos que acompañan a todos los imaginarios, y tratar de plantear proyectos políticos sin el acompañamiento de un imaginario capaz de despertar y atar los sentimientos más profundos.

### **9.- El devenir de los imaginarios nacionalistas en una sociedad con mucho poder y con gran bienestar.**

Para ir terminando esta exposición de los imaginarios nacionalistas es preciso dedicar unas breves reflexiones al devenir de los mismos en los años estatutarios, aunque alguna cosa se haya dicho ya. Cada uno de los imaginarios contaba con su propia expectativa, el uno por medio del ejercicio del poder estatutario, el otro por medio de la deslegitimación del poder estatutario usando la violencia.

El imaginario nacionalista originario mantuvo sus expectativas de ir nacionalizando desde el poder - sistema educativo, medios públicos de comunicación, institucionalización- al conjunto de la sociedad vasca. Pero el resultado no ha sido el previsto, a pesar de que la red de control económico, social y cultural, y laboral sea muy grande, y se puede describir usando un calificativo que Olivier Roy utiliza para describir la situación actual del Islam en los países musulmanes: la banalización (soy consciente de que puede extrañar mucho el uso de categorías descriptivas desarrolladas para analizar el mundo musulmán en la actualidad dada la tendencia, muy marcada en el imaginario nacionalista aunque no haya sido citado hasta ahora, de considerar que lo que sucede en Euskadi no tiene parangón en el mundo entero. Olivier Roy, *L'Islam mondialisé*, 2002,2004). Lo que Olivier Roy describe como un pacto entre el poder político de muchos países árabes y musulmanes y las exigencias del islamismo imperante en dichos países, pacto por el que el Estado asume como propias algunas de las exigencias del Islam, integrándolas en el sistema político, a cambio de que el islamismo reconozca la autonomía de la política, y que tiene como consecuencia la banalización del Islam, se puede trasponer al caso de Euskadi como un pacto por el que la sociedad le permite al imaginario nacionalista gestionar el poder, que la sociedad accede a poner una y otra vez en sus manos, a condición de que el nacionalismo acepte la banalización, acompañada de ritualización y vaciamiento, de su imaginario: el término euskal

aparecerá en todas partes, desde euskalokela, pasando por euskalpizza, hasta Euskaltel. La sociedad se impregna de la sensación de una hegemonía del imaginario nacionalista. Los asistentes a las fiestas por la enseñanza en euskera se cuentan por decenas de miles, llegando a cienmil. Las estadísticas de la enseñanza, no universitaria y universitaria, son un triunfo constante del euskera. Pero ni la sociedad en su conjunto es más nacionalista hoy, en profundidad, de lo que lo era hace treinta años, ni el euskera ha superado el vacío tremendo que se va abriendo entre el aumento del conocimiento y el (mucho menor) aumento del uso. Quien mucho abarca, poco aprieta. El euskera triunfa en las aulas, pero no en el ocio, no en el tiempo libre. La elección de programas de televisión implica renegar más de tres veces al día de la fe nacionalista.

El citado autor que analiza la evolución del Islam habla, además de la banalización, de la reetnificación y del fundamentalismo. Y no cabe duda de que también en la sociedad vasca se produce cierta reetnificación en la medida en que un porcentaje de la población se socializa en el imaginario de pertenecer a una pueblo distinto, separado, radicalmente diferenciado del español, y en alguna medida aún victimizado por éste, grupo que desarrolla elementos de una cultura propia, un lenguaje propio, una simbólica diferenciada.

Pero a diferencia de lo que sucede en el Islam, en el que el fundamentalismo islamista de la segunda generación de seguidores de Al Qaeda no surge de la reetnificación, lo que en la sociedad vasca se pudiera describir como fundamentalismo -el de ETA, el de los militantes de Batasuna, pero también el de algunos sectores más amplios que los de ETA-Batasuna- está estrechamente vinculado a la reetnificación, una reetnificación que, sin embargo, se distingue de la que se puede producir en un suburbio de París o de las grandes ciudades inglesas, porque es una reetnificación posible sólo sobre el eje que Olivier Roy describe en el fundamentalismo islamista como la codificación estricta de lo lícito y lo ilícito, que en el caso vasco sería el eje español-no español, español-vasco diferente.

Y si Olivier Roy habla de que la *uma*, la comunidad de los fundamentalistas islamistas es una *uma* imaginaria, no una comunidad real existente en un país concreto, con una sociedad concreta, en el caso vasco es mucho más imaginaria aún. En el caso de los verdaderos fundamentalistas de ETA-Batasuna

porque saben que su deslegitimación de las instituciones estatutarias han conseguido que el nacionalismo tradicional no haya desarrollado un discurso de legitimación de ese poder estatutario, del que sin embargo se ha aprovechado tanto, pero que no ha conseguido, ni va a conseguir hacer desaparecer, convertir en irreales las instituciones estatutarias, en líneas que tan ardientemente desea participar.

Y en el caso de los demás fundamentalistas, porque este su fundamentalismo construido sobre el eje de lo español-vasco diferenciado está trufado por la banalización, por la ritualización, por el vaciamiento del imaginario. Con una consecuencia muy seria: el imaginario sólo sirve para no legitimar el poder institucional. Pero no sirve para sustituirlo por lo que el imaginario quisiera pretender, con lo cual deja a la ciudadanía en un limbo de semi-institucionalización, en un no-mans-land soportable mientras la sociedad no entre en crisis, económica o de otro tipo.

Al igual que a comienzos de la transición la figura de Monzón encarnó la ilusión de un imaginario con capacidad de unir los dos imaginarios nacionalistas, también ahora ronda en el mundo nacionalista, con algunas adhesiones fuera de él, una nueva posibilidad de unidad imaginaria: es el proceso de paz, es la idea de que ETA puede desaparecer porque el conjunto del nacionalismo puede hacer posible lo que ETA siempre quiso, y que esa es precisamente la condición de que ETA pueda desaparecer, al igual que la desaparición de ETA es la condición de que su proyecto se pueda cumplir.

Este imaginario cumple una función de gran calado colocado junto a algunos de los elementos que hemos analizado como componentes fundamentales del y de los imaginarios nacionalistas: la superioridad moral de los vascos nacionalistas que perdieron la guerra pero ganaron la paz, el derecho a la buena conciencia, a la conciencia limpia, que en el segundo imaginario se transforma en la buena conciencia del resistente armado contra la dictadura franquista, en la buena conciencia de quien cumple el deber de resistir con las armas la opresión política, cultural y económica de la dictadura franquista.

Esa buena conciencia ha sido puesta en cuestión por la existencia de las víctimas que, con ímprobos esfuerzos, desde una soledad social y política tremenda, poco a poco han ido conquistando visibilidad social y política, articulando discurso y narrativa, y cuya existencia ya no la puede negar nadie, por

muchos esfuerzos que todavía se hagan de negar su significación política. Esta puesta en cuestión implica un reto tremendo para el imaginario nacionalista, para el imaginario basado en la superioridad moral, en el derecho preferente a la buena conciencia, reto al derecho basado en haber ganado la paz a pesar de haber perdido la guerra, al derecho derivado de haber cumplido como el que más el deber de la resistencia armada frente al dictador.

El imaginario nacionalista, los imaginarios nacionalistas, necesitan restaurar cuanto antes el pilar fundamental de su, de sus imaginarios. El imaginario nacionalista no puede aceptar que nadie le ponga el espejo y que en ese espejo lea su verdadera leyenda: somos como los demás, y además matamos. El imaginario nacionalista odia ese espejo, el espejo que le dice su leyenda. Y para ello necesita reconstruir su buena conciencia: la conquista de la verdadera democracia, de la mano de la mayoría parlamentaria, resultado de la mayoría social nacionalista, expresada en la aprobación del plan Ibarretxe, o cualquier variación del mismo -ni imponer ni impedir, derecho a decidir y obligación de pactar- cumple el proyecto de ETA y cumpliéndolo lo hace desaparecer, y a la inversa, la desaparición de ETA es condición de cumplimiento del mismo proyecto.

Así como el imaginario nacionalista originario se vio confrontado con la posibilidad de poder ser controlado por su referencia a una situación histórica constatable sin referencias imaginarias, la foralidad vasca, este nuevo intento de imaginario nacionalista soportado en la salvación del derecho a la buena conciencia se encuentra confrontado con la realidad histórica de todos los asesinados por ETA, y por la pregunta que en cada uno de ellos está inscrita a sangre y fuego, literalmente, y que dice: ¿si me han matado por ser impedimento en la consecución de un proyecto político, puede ese proyecto político ser nunca de justicia, fundamento de un futuro democrático para la sociedad vasca?

#### **10.- Del simulacro de la verdad histórica en los imaginarios nacionalistas a la posible verdad histórica de los mismos imaginarios.**

Decía al principio que todo conocimiento humano es representación, posible sólo en la imaginación. Ello no significa, sin embargo, que el ser humano sea un dios creador de la realidad desde la nada. Su

capacidad representativa está limitada por una realidad que existe con independencia de su conocimiento, a pesar de que los humanos sólo la podamos captar en el modo de la representación.

La realidad histórica se presta al simulacro. El simulacro de la historia consiste en la negación de lo que la constituye: su propia contingencia, su no necesidad, raíz de la libertad humana. Los imaginarios nacionalistas se convierten en simulacro de la verdad histórica cuando niegan la contingencia de la historia, su multiplicidad, su pluralismo. El imaginario nacionalista originario lo hace construyendo una situación de pureza sin mezcla, planteando la necesidad de recuperar esa situación imaginaria de pureza sin mezclas, sin impurezas, entera, homogénea.

El segundo imaginario nacionalista traduce la exigencia de pureza sin mezclas en una totalidad que fusiona el imaginario nacionalista con el otro imaginario que completa la pluralidad de la sociedad vasca, el imaginario socialista-español. De esta fusión surge una totalidad sin diferencias internas: todo es uno, una única totalidad liberadora del españolismo franquista, del franquismo españolista por medio de una sociedad euskaldun, homogénea, reconstruida en torno al movimiento que la dota de conciencia de su propia realidad histórica, ETA. Fuera de esta conciencia no hay posibilidad de realidad, nada existe en la sociedad, vasca, nada puede existir.

Dos reflexiones finales: la sociología ha analizado lo que se denomina la comunidad autodestructiva (Richard Sennet, El declive del hombre público): una grupo humano que se construye como comunidad sobre el eje de una ortodoxia, de una pureza, de un sentimiento verdadero está condenada a autodestruirse porque la definición de ortodoxia, la definición de la pureza, del sentimiento verdadero provoca necesariamente sus propios contrarios, con lo que la comunidad produce necesariamente sus propios enemigos, su propia división.

Por eso, en segundo lugar, el simulacro de la verdad histórica consiste en que el imaginario nacionalista se construye sobre la verdad de la necesidad de defender una diferencia, pero que para hacerlo se cree en la obligación de negar toda diferencia en el espacio del que se quiere adueñar por definición. El imaginario nacionalista convierte su propia verdad en un simulacro, porque niega cualquier diferencia en la sociedad que quiere definir. Se convierte en definición total de una realidad histórica que nunca

puede, por definición, ser total, sino múltiple, diferenciada, plural.

La memoria de las víctimas, de los asesinados es la dura y tremenda experiencia que hemos tenido que hacer en Euskadi para recordarnos el simulacro de verdad histórica encerrado en los imaginarios nacionalistas, una memoria que nos obliga a exigir el reconocimiento del pluralismo como condición para liberar la verdad de la historia que podemos y debemos hacer juntos, pero diferentes, en el futuro.